

**¿Quién es Quién en las Letras Chilenas?**

**ROSA CRUCHAGA  
DE WALKER**

**AMIGOS DEL LIBRO**

Agrupación Amigos del Libro

Inscripción N° 46.869

COMITE DE EDICIONES

Roque Esteban Scarpa

Carlos López Labaste

Carlos George-Nascimento

Oreste Plath

Pepita Turina

Alfonso Calderón

Arturo Valdés Phillips

Carlos Ruiz - Tagle

Tiraje: 1.000 ejemplares.

Impreso en los talleres de  
la Editorial Nascimento S. A.

-- Arturo Prat 1428 --  
Santiago de Chile, 1984

*¿Quién soy?*

## A ROSA CRUCHAGA

por Juan Guzmán Cruchaga

*Rosa, abierta en el milagro  
del entreoír y entrever.  
Del verso, que en la mirada,  
dice el pensamiento fiel.  
Del "Mírame y no me toques".  
Del quiéreme y sueñamé.  
Del Nunca con su ventana  
por donde el Siempre se ve.  
Del Quien Sabe a media sombra  
y a media luz el Tal Vez,  
bailando en un hilo de oro  
entre el ser y entre el no ser.*

*Que Dios te bendiga, Rosa.  
Que el aire te quiera bien.  
Que la lluvia te acompañe  
lo mismo que en la niñez.  
Que los jardines del mundo  
te sepan reconocer.  
Que Dios te bendiga, Rosa  
de Siempre, que pocos ven . . .*

## ROSA CRUCHAGA

Nací en 1931, en Santiago, en un punto equidistante entre la Biblioteca Nacional, el templo San Francisco, las tiendas y el cerro. Estas vecindades podrían simbolizar las sicologías de mis padres. Tan diferentes como bien conciliadas entre sí. Mi padre era un lector fervoroso, mi madre una jovial trabajadora. Mis hermanas —mayores que yo— me aventajaban en muchos aspectos y virtudes. Mi nacimiento en este valle de lágrimas fue acogido con humor y amor por parte de mis parientes. Mi niñez la recuerdo deambulando sola por la enorme casa sin hallar qué hacer. No tenía afición por la costura ni por nada que supusiera destreza manual. (Aunque no por eso pudo

decirse que tuviese aptitudes matemáticas o filosóficas). Desde chica me apasionaban los versos y los leía y saboreaba y fabricaba —clandestinamente— teniendo como único cómplice al papá. El se cercioraba, primero, de que estábamos solos. Luego cerraba la puerta y echaba a correr el grifo de agua, pues él solía afeitarse mientras declamaba. El papá acostumbraba repetirnos: “Debemos dar hasta que duela”, “Sólo tenemos aquello que hemos dado”. El cumplía al dedillo estos lemas suyos. Llegó al extremo de endosar el cheque de su sueldo un primero de mes, para un amigo suyo que estaba cesante, y que tenía más hijos que él. Cuando mi padre murió el comercio del barrio bajó las cortinas, y sólo reatendió al público al día siguiente: de vuelta de su entierro. Recuerdo que agazapada tras las persianas, vi desfilar en su cortejo docenas de mendigos que él favorecía, y que ahora lo acompañaban detrás de los lentos y suntuosos coches del Gobierno o de los diplomáticos.

El recuerdo más grato que guardo de nuestra familia (cuando aún estábamos todos...) se remonta al verano de 1942. Fue un fugaz contacto con el campo, en la zona cordillerana y salvaje de Chillán adentro. La posesión de ese fundo du-

ró unos pocos meses debido a la ineptitud agraria de sus dueños. Recuerdo que una confabulación de robos iba acabando con el ganado, las cosechas y las maderas del aserradero. Ante cada aviso de estas pérdidas el papá se molestaba por la interrupción que esos recados significaban en sus lecturas. Su único comentario era “yo aquí vine a estudiar, y no me dejan”. Mis hermanas se reían con cada desgracia campestre, y mi madre, moviendo la cabeza, seguía con su máquina de coser, preparando ajuares de guagua para los prolíficos inquilinos. Yo era dichosa en medio de aquel caos económico. Pues no se me exigía andar planchada, ni comer sólo a las horas. Mi existencia ese verano rompió con los cánones civilizados, y me maravillaba con la triunfante naturaleza que llegaba a máximos extremos. Bajaban hasta la casa patronal los inquilinos más lejanos, los que habitaban casi al límite de Argentina, y yo gozaba escuchando sus diálogos con los adultos de la familia. Recuerdo a un viejísimo gañán que viajó en mula un día entero para hablar con mi padre acerca de la guerra. En mitad de la charla nos enteramos que él se refería a la guerra del Catorce, siendo que ya acababa la Segunda. El anciano contaba que su hija tenía

muchos vástagos, pero que jamás le vio la cara al padre de alguno. Pues estos eran arrieros, que llegaban de noche a pedir hospedaje, y partían antes que el sol saliera, con sus piños de ovejas y sus trasnochados recuerdos. A mí no me escandalizaba esa anómala moral, me parecía todo tan genuino, como extraído del Génesis antes del Pecado Original.

En aquel fundo en bancarrota fuimos todos muy unidos, muy concentrados en nuestras propias aficiones. Cada cual trataba de transmitir lo suyo a esas gentes campesinas. Ellos parecían realmente interesarse por los bordados, y la filosofía y el arte culinario, y el derecho internacional. Pero aquellas tierras tenían un nombre entre agorero y fatídico. El fundo se llamaba "Los Cipreses", y se vendió poco antes de que el papá muriera.

Tenía yo 15 años y con mi madre partimos a Nueva York, a casa de mis hermanos Maruja y Fernando Salas. Fui un año al Pelham High School, en New Rochelle, pero mi inglés hasta hoy día sólo permite un buen diálogo con quienes lo hablan pésimo. El latín tardío, estudiado en la Universidad Católica, a los 40 años, fue me-

por. Pude traducir mi poema "Trenes" al latín, pero por anacronismos del diccionario debí sustituir los trenes mismos por galeras voluntarias. El poema en cuestión en lengua vernácula dice así;

## TRENES

*He pasado la vida viendo irse las gentes,  
y quedar los pasillos y volverse los trenes.  
He cerrado el balcón y he enfundado los muebles  
cada vez que se van los que quedan presentes.*

*Como estas realidades no son satisfactorias,  
las compenso invitando a gentes ingeniosas.  
Y la risa me suena a un grito de gaviotas  
cuando parten mecidas por las últimas copas.*

*Voy pasando la vida como quedan los puentes,  
remecidos por siglos pero inmóviles siempre.  
Comenzando en la infancia de los sauzales verdes  
y siguiendo en el humo que dejaron los trenes.*

Fue en Nueva York visitando el Spanish Institute, con los cuadros regionales de Sorolla, donde se acentuó mi hispanismo heredado. Y yo

ansió vivir en España. Hecho que se concertó entre 1970 y 1976. En otras ilusiones juveniles también Dios me complació, como por ejemplo en tener hijos sacerdotes y médicos e ingenieros. También deseé escribir poesía publicable. En este respecto comencé como colaboradora de "El Peneca". Con cierto remordimiento recuerdo que la estimadísima Roxane, su directora, jamás descubrió que el poema que me pagó con cinco pesos —de entonces— era sólo una defectuosa traducción de "*The Children's Hour*" de Longfellow. Como a los 8 años contraí una grave pulmonía y dicen que yo deliraba en octosílabos. Y que hacía antipoéticas referencias a la sulfa, recién importada en Chile y que fue la que me salvó.

Mis primeros intentos catequísticos fueron rudimentarios. Aún sin titularme, enseñaba catecismo en escuelas públicas. Les recalcabá a mis alumnos que bien valía la pena asegurarse con una vida austera: una gozosa eternidad... Desgraciadamente, del Liceo Egaña donde enseñaba, yo fui expulsada estruendosamente, por el hecho de haber accedido a los deseos de bautismo de una niña sabatista. Al ser descubierta por sus padres, éstos me acusaron de secuestro. Pudo suspenderse final-

mente el juicio gracias a la infalible intervención del Cardenal Caro. Recuerdo con simpatía que, tanto Monseñor como mi madre y Patricio Walker, con quien ya estaba yo de novia, lejos de molestarse con el desgraciado evento, se ufanaban con mi polémico y penal espíritu apostólico.

Mis primeros años de casada transcurrieron en provincia. Mis cuatro hijos mayores fueron tramados en El Volcán, en Mulchén, en Concepción y en Vallenar, respectivamente. Lugares en que mi marido desempeñó cargos de ingeniero civil. El hijo menor viajó prenatalmente por Tierra Santa, Egipto y Europa, lo que le valió grandes riesgos luego, al aterrizar en este mundo non santo.

Fue en Concepción en 1959 donde me aboqué más dedicadamente a la poesía. Concurría a cursos de verano de Alfredo Lefebvre y de Miguel Arteche en la Universidad de Concepción respaldada por la amistad cultural y humana de mis hermanos Marta y Roberto Escobar, residentes en Talcahuano. Miguel Arteche y su mujer fueron apoyo decisivo para mis primeros libros: con sus enseñanzas de métrica y rima. Y con sus acercamientos a García Lorca, Quevedo y Hernández. Así fueron apareciendo "*Descendimiento*" (Pre-

mio Alerce 1959), "*Después de tanto mar*" (1963), "*La piragua*" (Cuento, premio Diario "El Sur" 1964, Concepción), y "*Ramas sin fondo*" (Avila, España 1967). Posteriormente los Arteche, entonces agregados culturales en Madrid, nos acogieron en España y nos contactaron con la poética y la ingeniería vigentes en la Península. Previo a aquel exilio voluntario, y luego después, tuve en Chile participación poética en los talleres literarios de Scarpa y de Arteche, por separado. Entonces, también viajábamos a recitar en provincias (por Concepción, Valdivia, Valparaíso) un grupo de amigos poetas, cuyas biografías y vocaciones personales nos han separado. De ellos, Lefebvre está ya muerto, el Padre Joaquín Alliende está en Alemania, Hernán Montelegre en Costa Rica, Hernán Galilea en la Universidad de Filadelfia y Renato Irrarrázaval en Santiago. Aquellos periplos poéticos los financiaba Tomás P. Mac Hale, rangosamente, a condición de que no le exigiésemos concurrir. Tomás propiciaba el arte, y el humor de sus platónicos amigos. Con fervor agustiniano nos urgió a separar bien lo corruptible de lo permanente, en nuestras expansiones líricas.

Mi libro "*Ramas sin fondo*", publicado en España en 1967 contiene temas del altiplano y la sierra peruana. Lo elogiaron críticos del "Ya", y de "Estafeta Literaria" de Madrid. Interesó el paisajismo quechua —aymará, tratado en castizo. Pero no fue percibido— o confusamente expresado por mí— el tono cosmoespacial, que pretendí darle. Este me fue inspirado en las ruinas de Huayna Picchu, a las que se atribuye funciones de estación abastecedora para viajes interplanetarios. Con la deficiente interpretación del libro, comencé a preocuparme de mi falta de claridad expresiva. Coincidió mi aprensión con el comentario verbal del amigo Jorge Prieto, sacerdote. Me aconsejó estudiar a Azorín para aprender nitidez, y de este modo —indirectamente— me fui inclinando al metódico estudio de las letras. Años más tarde, viviendo en Madrid, recibí un valioso recado del Embajador en París: Pablo Neruda. En gran parte coincidía con los consejos estéticos del sacerdote Jorge Prieto. Neruda mandó decirme, con un amigo común: "Rosa, no seas escondidiza. ¿Por qué usas tus metáforas para camuflarte? Cántales a ellas y olvídate de ti. Así tus

metáforas serán realidades, que te darán a conocer”.

“*Raudal*”, con prólogo de Neruda, apareció en 1970 y fue el libro que me dio menos satisfacción. Lo hallé pusilánime, pues intenté vanguardismos sin aflojar la retórica. Años después —sin embargo— el mismo fue declarado texto auxiliar para la enseñanza del Castellano por el estimadísimo Ministro de Educación de entonces, Máximo Pacheco.

Aquellos años con los gajes líricos y docentes, el orden de nuestra casa andaba a su aire. Mi marido construyó un cuarto entre las matas del jardín, para que yo verseara con menos interrupciones y menos desparramos de papel. A propósito del desorden casero y de la predisposición poética, yo le argüí que barridos de más o de menos no determinaban la buena educación de los hijos. Pero que sí la determinaba el que ellos viesan a sus padres cumpliendo, con la mejor voluntad, aquello para lo cual Dios los echó al mundo. Le argumenté que sólo los pésimos poetas destacaban como eximios dueños de casa. Pues Gabriel y Galán en esto, y no en lírica, era insuperable con sus poemas “Las hormigas”, “El ama”, “El embar-

go". En tanto que el genial García Lorca llegó a tal caos doméstico, que en el texto "El poeta en Nueva York" postula a "golpearle el trasero a los monos con una cuchara".

Si se me preguntara cuál ha sido mi mayor falla en mi expresión poética, yo respondería pluralmente. Mi principal error fue el afán de esconderme, con pudor tradicionalista. Por callar demasiado los tabúes anatematizados por la Iglesia preconiliar, dejé inexplicitas en mi poesía algunas realidades que, en tiempos en que escribí esos poemas, la sociedad juzgaba como crudas. Así, con buena intención escamoteé bellezas creadas por Dios. Este defecto se ve especialmente en mi libro "*Después de tanto mar*". En él la simbología encubridora llegó a tal exceso, que hay poemas que al correr de los años, incluso para mí, resultan apenas comprensibles.

Otro error lo constituyó, mi "conceptismo" exagerado. Resultado de una admiración —de enana— hacia la gigantesca figura de don Francisco de Quevedo. Esta falla se notaría especialmente en el pequeño libro titulado "*Otro cantar*", publicado como separata, por revista "Mapocho". En esta obra, y específicamente en el poema "*Desayuno*

con Pandora' el defecto sobresale. No obstante este mismo texto fascina a un gran vate chileno, al cual le parece logradísimo.

Este es el poema "Desayuno con Pandora".

*Mi miedo a esta "merma helada"  
por mi pan viene avanzando.  
Pandora tapa el envase  
con sus eternos jamases.*

*Revuelvo unos "tés remotos"  
que Pandora va expandiendo.  
Y están sonándome roncós  
estos terrones deshechos.*

*La leche huyendo a las llamas  
ya sube y casi se asoma.  
Tras que mi servicio acaba:  
se habrá de quebrar la loza.*

*Mientras consumo este zumo  
de diluviosa manzana,  
casi en futuro conjugo:  
cuanto Pandora estrujaba.*

*El pan-que dora Pandora  
cruje bailando en mi boca.  
Y aunque el tostador yo llevo:  
Pandora lleva el pandero.*

Debo aclarar que el conceptismo, como juego de palabras a nivel de diálogo, ha sido característica de los Cruchaga. Recuerdo que desde los 6 años, cuando ya fui admitida en la mesa de adultos, me fascinaba escuchando, a la hora de almuerzo, las escaramuzas verbales con las que tan bien se entendían mi padre y el huésped sabatino: Miguel Cruchaga Tocornal.

Por último, esta lista de defectos estilísticos la completo mencionando mi desmedida afición por la fonética: resultado de mi entusiasmo por los cursos del profesor Ibarra. Y que al contrario del error antes señalado (el conceptismo), me hizo sacrificar la semántica en pro de una presunta suavidad expresiva.

Mis encuentros con los únicos Premios Nobeles que he visto son de muy desigual memoria. Para conocer los restos de Gabriela Mistral viajé desde Mulchén, de un nocturno a otro. Y tras larga cola en torno a la Universidad de Chile

la divisé, por fin . . . Estaba en su traje de corte (con que recibiera el Premio Nobel) rodeada de cirios y fotógrafos. Estucada en un postizo maquillaje, como tal vez ella jamás lo aceptaría en vida.

A Vicente Aleixandre, por razones de encargos de exégetas de su obra, lo visité tres veces, en Madrid. Pero no guardo de él un recuerdo positivo. Lo hallé demasiado prudente y poco definido. Yo estaba ávida de conocer los pormenores de la Guerra Civil, y del duelo que dejaron en España las muertes de García Lorca y de Miguel Hernández. El gran surrealista Vicente Aleixandre llegó al colmo de los “ismos”, al mostrarse sorprendido por mi preocupación. Como los afectos suelen ser recíprocos, me aventuré a comentarle insidiosamente que sus respuestas evasivas me desconcertaban. Pues no sabía si ubicarlo entre los “mansos” (que aprobó el Sermón de la Montaña) o si entre los “tibios” (rechazados por la boca divina). Y él me sonrió mansa y tibiamente. Del tercer Premio Nobel que conocí guardo una insuperable impresión. Pablo Neruda salió al encuentro cuando llegué a Isla Negra en 1969 ó 1970. Recuerdo que fue el día en que se suicidó José María Arguedas. Yo traspuse su puerta del jardín y vi desprenderse la

figura de Neruda desde la construcción del fondo como un pequeño mascarón de proa. Abriendo los brazos exclamó: "Rosa, llevo 10 años esperándote". (Se refería al año 59, cuando el premio Alerce por mi libro "*Descendimiento*". Me había entonces llamado a través de su secretario, pero las condiciones domésticas mías no eran proclives para concurrir). Esa tarde, hablamos unos tres cuartos de hora, sentados sobre el asiento en forma de piragua, que él tenía frente al mar. Habló con devoción de Delia del Carril, luego rozó temas que suponía de mi interés, y memorizó dos versos de un poema mío. La mirada se le confundía con el horizonte al mencionar el desaparecimiento de José María Arguedas. Yo hacía alusiones entrecortadamente teológicas y ramplonas, y Neruda parecía que quería creer. Cuando entramos a casa, donde estaban Matilde y el pintor Carreño y su esposa, me puse insoportablemente tímida. Sólo quería escapar hacia el coche, que me esperaba en el camino. Y Neruda como una le-tanía, repetía: "No te vayas, Rosa. Dile a tu suegra que entre, y dile a tu marido. No te vayas, Rosa. Diles que entren".

De los tres Premios Nobeles no sé si en algo

habrá sido influenciada mi poesía. De Gabriela Mistral, no hay duda. Ya que, a raíz de mi primer libro ("*Descendimiento*"), el que fuese entonces mi maestro sugirió no leerla "hasta muchos años más". De influencias de los otros dos, Neruda y Aleixandre, creo que no hay vestigios en lo que he escrito. Y de haberlos habido, no habría podido yo aceptar el consejo maestro de no leer esos autores "hasta muchos años más".

Por el año 1962 volvieron de su embajada en Centroamérica Raquel Tapia y Juan Guzmán Cruchaga y se establecieron en Santiago, alentándome ya por una vida con invariable cariño. Tenía él una valoración sobrenatural de la amistad. En su poema de despedida a unos amigos suyos (que se halló en su velador), habla de esperarlos "al otro lado del mar". El mar para él era símbolo de todo lo insuperable en belleza, talento y bondades. Siempre vivió cerca del mar. Y a su manera fue fiel a Dios. Guzmán Cruchaga tenía sus propias normas estéticas y era generoso en comunicarlas y compartirlas. Me aconsejaba que no apuntase a caza mayor, a los temas ambiciosos, que suelen quedar grandes a poetas de talla normal. Me decía: "Si en poesía usted hace puntería a asuntos

enormes como la muerte, o la divinidad, o la felicidad, es como apuntarle a un león. Y probablemente usted acabará devorada . . . Pero, si en cambio, usted le canta a cosas sencillas cotidianas, éstas son como pajarillos, que a uno lo encumbran, cuando ellos emprenden el vuelo por sí mismos". Cuando tiempo después fui a visitarlos a Viña, estaba su silla mecedora, sola, frente al mar.

Para él escribí este poema:

## A LA MUERTE DE UN POETA

*Tu mecedora tal vez  
indecisa quedará,  
entre la arena por mil  
y la resaca por más.  
Haciéndole NO al morir  
el vaivén continuará.*

*Va a alzar su tapa tu piano  
si el cielo lo toca. Y  
si sale nota de Sol,  
cesará el trémulo en Mi.  
Si acaso se inclina Dios,  
a tu caja de violín:*

*Aunque tu silla haga No,  
daré por sentado el Si.*

*Cuando retruene el timbal  
que al mal tiempo pondrá fin,  
el oleaje sonreirá  
como un canoso perfil.*

*Por fin veremos el mar  
que nos saldrá a recibir.  
Aunque tu silla sin ti:  
siga jadeando un jamás.*

Con mis parientes Cruchaga que han muerto, y los que quedan, tuve fuertes afinidades psicológicas. Con todos ellos hubo en común una candidez mezclada con picardía, un desprecio por las cosas materiales, una falta de sentido práctico, una imaginación desmesurada y una fe cierta en lo invisible.

Al poeta Angel Cruchaga Santa María lo conocí ya muerto, en sus funerales en la Casa de la Cultura de Ñuñoa. Al abrazar a la que supuse fue su esposa, debí aceptar una justificada queja. "Qué tarde llega, Angel deseaba haber conversa-

do con Ud.” No sé si ella creyó mi respuesta. No recuerdo mis palabras, pero eran de elogio a esa poesía última de Angel. La que él escribió estando ciego para las formas y colores de esta vida, pero expresándose, con una lucidez ansiosa respecto al Absoluto. En realidad Cruchaga Santa María en sus finales retomó los temas estético-religiosos de sus primeras obras para alcanzar un entrañable misticismo, logrado a través de la ceguera física. Su inspiración primera —de un teísmo meramente piadoso— fue suplantado temporalmente por una poética chinesca, con presumible filiación marxista, luego afloró la primera inspiración, enriquecida con una mística existencial, ciega al tiempo e intemporalmente contemplativa.

Miguel Cruchaga Ossa, (sobrino de su homónimo Cruchaga Tocornal), en un tiempo de admiración por el Führer, escribió un grueso volumen titulado “El Tercer Reich”. Hasta Hamburgo, donde él era cónsul, Hitler le escribió poco después, invitándolo a Berlín: para condecorarlo y premiarlo con una interesante cantidad de marcos. Pero las cosas habían cambiado. El tío Miguélito respondió que “se desdecía de lo afirmado en el libro”. Que la causa de la libertad era ahora

suya y que se esforzaría por recoger toda la edición para destrozarla. Como resultado de este episodio, una llamada de Berlín a Santiago valió para destituir al joven cónsul de Chile. Pero él mantuvo de ahí en adelante, su fidelidad a la democracia. Esta se le corroboró al casarse con Lucha Belaúnde Terry (que era catedrática de Leyes en la Universidad de Florida) y ahora hermana del Presidente del Perú.

La figura de Miguel Cruchaga Tocornal, tío de los nombrados y de mi padre, era muy dulce y cauta y profunda. Aparte de su prestigio como internacionalista, vale la pena recordar la más relevante de sus actuaciones diplomáticas, que él silenció por modestia. Siendo embajador en Washington, en una época en que las relaciones entre México y el Vaticano estaban rotas, él se propuso restablecerlas. Se desplazaba frecuentemente desde su sede a México y también a Roma en procura del objetivo. Todo este gran esfuerzo material lo financió por sí mismo. Lo que lo llevó a morir pobre, pero le valió el apodo de "Palomo", por conseguir la paz entre esos estados y entre otros que tenían dificultades. Frecuentes telegramas a sus parientes en Chile, pidiendo apurar la venta de

la siguiente casita de arriendo, fue la fórmula usada, para reinstalar una Nunciatura Apostólica en Ciudad de México. Como una muestra concreta de esa gestión, él conservó hasta su muerte una enorme fuente de plata con los nombres firmados de las agradecidas damas de las Lomas de Chapultepec.

El más grande de esta familia, fue sin duda el más disminuido de estatura física y salud. Me refiero al padre Alberto Hurtado Cruchaga, sobrino de los anteriormente citados. Todos sabemos que en oración y acción en bien de los pobres, desplegó una energía desproporcionada con su magro aspecto, como lo describen sus biógrafos Alejandro Magnet y Carlos Lavín, S. J.

Quienes hayan visitado la casa madre de los Cruchaga en el Valle de Urzaínqui en el Roncal, Navarra, recordarán que sobre la tosca chimenea de piedra hay fotografías de los parientes de Chile. Y que aquellos labriegos semianalfabetos las ostentan con orgullo a los visitantes.

De nuestros años españoles quedan recuerdos importantísimos. Allá se gestó la vocación religiosa de Jerónimo. Allá fue salvada milagrosamente Bernarda, a raíz de un grave accidente,

que dejara como positiva consecuencia mi fe en la amistad de los españoles. Podría dar una buena nómina de escritores hispánicos que concurrieron al Te Deum en el Sagrado Corazón de Chamartín, y de padres de condiscípulas de ella que aportaron sangre y ayuda bancaria para su salvación. Aún más favores recibimos de los españoles. Me publicaron en ABC, me llevaban a conciertos en el Teatro Real, confiaron trabajos siderúrgicos a mi marido, y, sobre todo, nos quisieron y nos sostuvieron en difíciles momentos. Aquellos tiempos en España fueron fielmente asistidos por cartas y visitas de mis compatriotas. Hugo Montes desde Costa Rica concurría a los aniversarios del Colegio Mayor Guadalupe en Madrid. A veces convocaba a su doméstica prima Rosa a festejos oficiales en el Instituto de Cultura Hispánica. Luis Vargas y su mujer Carmen Bullemore desde Australia llegaban ansiosos de arte al Museo del Prado. Y allí al "Carro del Heno" del Bosco o a "La Rendición de Breda", de Velásquez. Andrés Gallardo desde Buffallo, venía a entusiasmarnos para las horchatas de la Gran Vía o las tertulias literarias de López Anglada. Así, indirectamente, me tocó conocer y tratar a los que

viven en España de la Generación del 27: Gerardo Diego, Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre.

Mi gran hallazgo humano en Madrid fue José María Souviron. Le había conocido en Chile y en otros viajes a España, y ahora, que enfermaba y envejecía, su figura se sobrehumanizaba. No olvidaré el estribillo que usaba en sus conversaciones cuando me notaba despreocupada en cuanto al destino escatológico del hombre. Me decía y repetía la frase de Baudelaire: "La mayor astucia del demonio consiste en haber convencido a los humanos de que él no existe". Recuerdo a Souviron en la Clínica de la Concepción, casi al morir. Estaba lleno de tubos de oxígeno y suero, y jadeaba. Yo, torpemente, para buscar tema le dije: "¿Has escrito algo últimamente". Y me espetó con ojos brillantados: "No seas tonta, Rosa. Ya estoy por morirme y me preguntas por literaturas. Yo estoy gazuzo esperando a Dios. Espero su encuentro con tal ilusión como una novia al novio, en su lecho nupcial".

Meses antes de dejar Madrid tuve carta de Chile en que se me participaba la muerte de Mercedes Alvarez, la nana de mis hijos. Recuerdo que,

llorando, surgió allí el único poema que no requirió correcciones:

Se titula,

## AVENIDA LA PAZ

(A Mercedes Alvarez)

*Por fin, tosca Mercedes, te refinas.  
Te han puesto en un cajón con indulgencias.  
Y te llevan, cubierta por hortensias  
que plantaste, a la tierra en que terminas.*

*Por fin sin reumatismo. Y no caminas  
arrastrando en pantuflas tus paciencias.  
Vas en hombros, hoy te hacen reverencias:  
los amos de jardines y cocinas.*

*Hoy tus flores barriendo las basuras.  
Hoy es viernes de feria y no te apuras:  
Pues nadie hoy te dirá: "te has atrasado".*

*Por la calle del río y del Mercado  
al descanso —Mercedes que has comprado—.  
En tu cesta te vas. Entre verduras . . .*

Mi estadía de seis años en Madrid incluyó asistencias esporádicas como alumna “regular” a la Universidad Complutense, Facultad de Filosofía y Letras. Pero recuerdo la impersonalidad de aquel humanismo y mis verdaderas nostalgias de la Universidad Católica. Allí, el catedrático, sobre un estrado con más gradas que comulgatorio, impartía su erudición a cinco micrófonos. Los alumnos sobre butacas, como de cine, nos ignorábamos, pues pasábamos de 200. Jamás se pedía un lápiz prestado, jamás un S.O.S. de alguno que quedó atrasado en los apuntes. Más que un aula actual parecía aquello una sala de espera del siglo XXII, interpretada por Fellini.

Nuestra repatriación desde España fue difícil. Fue en 1976, era de cambios, de los que el tiempo y Dios harán el juicio. Uno a uno volvían desde España los hijos, con sus certificados convalidables en ingeniería, teología y medicina. A todos los acogió la Universidad Católica, y a todos la casa de mi madre.

Al volver a Chile, concurrí por segunda vez al taller de poesía de Roque Esteban Scarpa, taller que significaba créditos para los titulables en Pedagogía en Letras, y que sería la única vez

en que tal actividad funcionó en forma estable en la pontificia institución. Este taller de Scarpa guiaba a cada uno por su vena. Al romántico por el romanticismo. Al absurdo por el absurdo. Al simbolista por el simbolismo. A nadie le quitó aguas Scarpa, para su molino.

Bajo el amparo de ese taller de Letras de la Universidad Católica surgió el libro de poemas más querido por mí, y más reconocidos como humanos, hasta por mis oponentes. En tal libro parezco deslizarme de la propia piel para asumir la de los prójimos. Me refiero al libro "*Bajo la Piel del Aire*".

Si se me preguntara cuál de las obras estudiadas desearía yo haber escrito... contestaría que el "Pájaro Azul" de Maurice Maeterlinck. Aunque me apena que su autor, siendo un alumno de Loyola, apostató de tan insuperable formación. En su obra onírica "El Pájaro Azul" me siento interpretada, por fin. Allí Maeterlinck expresa que la felicidad humana, que es del color azul de un pájaro, se pierde cuando uno pretende atraparlo. Pues el ave de azul intenso se diluye en bandadas de pájaros celestes... Confieso que la personalidad de Maeterlinck me fascina y me

asusta, pues fue, a mi juicio, insuperable poeta-sicólogo, en el "Pájaro Azul". Fue científico profundo en microcosmos en sus obras científicas: "Vida de las Abejas" y "Vida de las Hormigas". Pero fue teólogo nihilista en su ensayo acerca de la muerte. Y aunque Premio Nobel en Literatura... "de qué le vale al hombre ganar sólo este mundo".

Para compensar esta desequilibrada admiración por el autor de "El Pájaro Azul", escribí unas pocas líneas recurriendo al teísmo aterrizado de Santa Teresa de Avila. Recurrí a su fe y a su estilo —hasta donde yo puedo —en las dos estrofas que dicen así:

*No sé mi Dios, qué busco y qué rehúyo  
en tanto menester diverso. Cuyo  
resultado común es descontento.*

*Pero barro, y mi polvo se hace tuyo:  
si te lo llevas en el viento.*

Si debiera mencionar temáticas que inspiraron mi poesía, diré: la maternidad, la muerte y la

responsabilidad del propio rendimiento, para un resultado que es humano y divino.

La maternidad, lo que comúnmente para las mujeres ha sido motivo de gozo, para mí ha sido de cavilaciones. Esto por temor de imprimir en los hijos, defectos e imperfecciones, por los cuales yo he padecido anteriormente.

Es en mi libro "*Descendimiento*", donde más se destaca ese sentimiento, plagado de dramáticas reflexiones de mujer joven ante cada nueva maternidad. De aquel libro leo el poema:

## CRECIENTE

*Tres veces dejé mis ojos  
en párpados de mis hijos.  
Aún me alzo por atisbarlos,  
igual que el vaciado trigo.*

*Urdiendo esmeradas carnes,  
de fibra y mano he rendido.  
Más vacía estoy en venas  
que llenaron las del hijo.*

*Ya sobro en mis años. Nadie  
tan largo y hondo ha sentido*

*Por seis brazos los cansancios.  
Por tres espaldas los fríos.*

*Yo, desde niña cobarde:  
que a la muerte prefería,  
cuando de mí —por fin— huya,  
más sola quedo en mis hijas.*

*¿Que muero, en el hondo sueño,  
si a mis tiernas seis pupilas:  
siguen rasgándolas bosques,  
y ahogándolas neblinas?*

*¡Ah! Eternidad sin descanso,  
aun cuando el hijo agoniza.  
Muero otra vez pero broto,  
en el vientre de sus hijas.*

El poema recién leído tiene una doble causa de agradecimiento hacia personas que, sabiéndolo o no, fueron condimentos de su éxito. Cito puramente a mi prima Isabel Edwards, destacada en narrativa. Ella me avisó por carta (cuando los años casi 60 en Concepción) “Hay concurso de poesía. La exigencia es sólo un poema más o menos lar-

go. Remítete a Unión de Escritores Americanos, a don Benjamín Morgado". Así lo hice y gané. Fue mi primer lauro, y a su juez lo conocí casi 20 años después, en las tertulias de los últimos viernes en la librería Zamorano y Caperán.

La preocupación por la muerte ha sido el móvil de mis estudios particulares y extraacadémicos de teología. A veces sin ninguna coherencia investigaba en los autores de la patrística cristiana, en busca de derroteros a mi alcance, para mi salvación. Como el más influenciado por el tema de la muerte y su irreversibilidad, citaré de mi libro "*Bajo la Piel del Aire*" el poema "Menta".

Antes de adentrarme en el poema anunciado quiero advertir que el libro fue publicado por Nascimento y prologado por Scarpa. Pero, por sobre todo, quiero contarles que sufrí mucho mientras la suerte de ese libro se decidía. Había intervenido en su publicación el poeta Víctor Castro con Carlos Nascimento. Cuando fui a Arturo Prat, cuadra 14, a recibir la respuesta de Eliana y Carlos, yo iba nerviosa como al recibir el fallo de una biopsia. Felizmente, mi poético cáncer fue reconocidamente positivo.

## MENTA

*Por esta puerta de servicio  
arrastrándose sobre las negras baldosas:  
llegó a morirse LUTHER KING. Anteayer,  
Viernes Santo de mil novecientos sesenta y ocho,  
con el pecho traspasado  
por una pastilla de menta.*

*Son heladas las mentas que congelaron a Marilyn.  
Y las que los turistas dan a las palomas:  
que se hundirán, con Venecia.*

*Mentas heladas los ojos del Paraíso Perdido.  
Las rodillas enanas del pintor de cancanes.  
Y las sienes suicidas, que ya pintaron girasoles.*

*Un collar de mentas partió en dos,  
a una austríaca - francesa.  
Y de una menta hermafrodita brotaron gemelos:  
el príncipe de Dublín, y su africana golondrina.*

*Con treinta mentas heladas  
compramos la salvación. Durante otro imperio.  
Y a veces, se nubla en el cielo:  
La pastilla de menta...*

El tema del rendimiento personal ha sido otra obsesión de mi vida. En mi concepto, la máxima evangélica “Si no os hacéis como niños no entraréis en el Reino de los Cielos”, no me favorecería, debido a mi preocupación permanente, poco confiada. Creo que si yo alcanzo ese inefable reino, sería sólo por mi adhesión a la Pasión de Cristo.

Para finalizar querría incluir el más optimista de mis poemas religiosos. Se intitula “Por encima” y pertenece al libro “*Raudal*”.

*Por encima de la aurora,  
Dios dormido es de un negro inmancillable.  
Con su otro infinito iluminado:  
un poco, me amanezco.*

*De Dios tengo las mitades,  
en mi mano sombreada, y la que fulge.  
Nada puedo escribir sin que me falte.  
Nada puedo esquivar: sin que me inunde.*

**EN LA SERIE**

**¿QUIEN ES QUIEN EN LAS LETRAS  
CHILENAS?**

La Agrupación Amigos del Libro ha publicado los títulos correspondientes a los siguientes autores:

**Roque Esteban Scarpa**  
**Miguel Arteche**  
**Gabriela Lezaeta**  
**Manuel Francisco Mesa Seco**  
**Cecilia Casanova**  
**Fernando González-Urizar**  
**Julio Flores**  
**Antonio Cárdenas Tabies**  
**Jaime Quezada**  
**Emma Jauch**  
**Carlos Ruiz-Tagle**  
**Alicia Morel**  
**María Silva Ossa**  
**Isabel Velasco**  
**Juan Antonio Massone**

Pepita Turina  
María Urzúa  
Hugo Montes  
Nicolás Mihovilovic  
Ester Matte Alessandri  
Enrique Neiman  
René Vergara  
Hernán Poblete Varas  
Carlos René Correa  
Fernando Debesa  
Virginia Cox  
Carlos Morand  
Enrique Campos Menéndez  
Angel C. González  
Sergio Hernández  
Floridor Pérez  
Osvaldo Quijada  
Matías Rafide  
Isabel Edwards  
Eugenio Mimica Barassi  
Maité Allamand  
Teresa Hamel  
Guillermo Trejo  
Graciela Toro  
Ernesto Livacic  
Enrique Skinner  
Astrid Fugellie  
Rosa Cruchaga de Walker



COEDICIO  
ZAMORANO Y C  
LIBRERIA Y EDITOR  
EDITORIAL NASC.